

DEJAR A UN LADO EL ILUSIONISMO ELECTORAL (*)

Clodomiro Almeyda. (**)

10 páginas.

Punto Final. *Se ha hablado con insistencia en el último tiempo de una “crisis en la Izquierda”, lo cual aparece avalado, según algunos, por las revelaciones que han hecho dirigentes comunistas y socialistas de las diferencias que existen en las tácticas de ambos partidos. A juicio suyo ¿puede hablarse con propiedad de tal crisis?*

Clodomiro Almeyda. Creo que si en algún proceso cualquiera se produce una crisis ello no envuelve necesariamente algo negativo. Por el contrario, puede reflejar la maduración de nuevas tendencias creadoras que pugnan por nacer en agudos antagonismos. La llamada crisis de la Izquierda, que se manifiesta en el plano ideológico y orgánico y en su liderazgo, refleja en Chile el contradictorio proceso de una toma de conciencia más profunda de nuestra realidad y de su problemática. Refleja igualmente la discusión mundial, surgida en el seno del movimiento comunista internacional: las interrogantes abiertas por la Revolución Cubana con relación a los caminos tradicionales de la Izquierda en América Latina; los cambios producidos en el propio país en los últimos treinta años, que hacen de Chile algo muy distinto de lo que fuera en la época en que nacieron y se conformaron los actuales partidos de Izquierda; refleja la caducidad de las formas orgánicas en que estos partidos concibieron y realizaron su política y expresa por último la caducidad de las generaciones de dirigentes que correspondieron a ese período, incluyendo por cierto la mía. Digo esto último, porque mi generación, la que pasó por las aulas universitarias en los años 40, sufrió directamente el impacto de una concepción tecnocrática y economicista de la realidad que deformó su visión de la lucha política y del socialismo, a diferencia de la generación actual que se está forjando en un crisol mucho más rico de experiencias y perspectivas por lo que ésta puede, a mi juicio, en forma más auténtica y creadora, servir de agente para la emergencia en Chile de una nueva Izquierda en la medida que madure y decante sobriamente sus propósitos. En síntesis, por eso no me asusta esta crisis, que como todas las crisis, no se puede programar sesudamente, ni estar exenta de extravíos y excentricidades accidentales.

PF. *De su respuesta anterior se entiende que hay elementos externos que influyen en el proceso actual por que atraviesa la Izquierda. Esos elementos que usted menciona ¿podrían interpretarse como propios de una crisis de la Izquierda en el mundo?*

CA. Sí, la pugna chino-soviética dentro del movimiento comunista internacional refleja los cambios producidos a escala universal en la situación del mundo en los últimos veinte años. En la medida en que éste es cada día más uno y solidario, la crisis alcanza con sus proyecciones a todos los rincones de la tierra.

Proyectada esa crisis hacia la Izquierda latinoamericana y chilena, dos son los rasgos que van definiendo la futura y correcta orientación que debe caracterizar en este plano al movimiento popular en nuestro continente: su creciente internacionalización y su progresiva radicalización.

Su internacionalización, porque es cada vez más claro que todas las luchas de los pueblos del mundo tienden a integrarse en un frente común en contra del imperialismo norteamericano y sus agentes domésticos, convertido el primero en gendarme armado de la reacción mundial. En la medida en que ese proceso se va haciendo más nítido, va siendo también mayor la subordinación y el entronque de las luchas aisladas de los pueblos en un frente único que libra una y gran batalla universal, que requiere por ello, de una estrategia antiimperialista también universal.

Hoy por hoy, entonces, en Chile la gran cuestión política que divide objetivamente a los chilenos es su posición frente al imperialismo yanqui. Como alguien lo ha expresado, no son ya las cuestiones de la secularización de la vida política ni la intervención del Estado en la economía ni la defensa o ampliación de las libertades públicas, lo que divide las aguas en el proceso político real, sino la actitud frente al imperialismo. Este último por el rol reaccionario que cumple, ha planteado su tarea estabilizadora en términos de fuerza y de violencia.

Esto determina la radicalización de la lucha mundial antiimperialista, la que adquiere también un carácter esencialmente violento, considerada globalmente, como lo demuestra la serie de escenarios bélicos que desde la Segunda Guerra Mundial hasta ahora han ido ocupando sucesivamente la primera plana de la atención mundial. La lucha de clases en esta segunda mitad del siglo XX, se manifiesta a través de la lucha antiimperialista a nivel mundial, cuyo desenlace global en la cúspide se define en términos de violencia. No hay ya, pues desenlaces nacionales de las luchas políticas. Todas éstas se han ido insertando en un proceso de alcance general al cual ningún país puede escapar.

Al desembocar la lucha antiimperialista, necesariamente, en la derrota del sostén armado de todas las estructuras capitalistas de la sociedad, el desenlace socialista de la pugna se hace globalmente viable y necesario para el mundo, radicalizándose así los objetivos de todo el movimiento revolucionario.

PF. *Creemos entender que usted considera inevitable la radicalización y la continentalización de la lucha en América Latina.*

CA. Esta perspectiva estratégica de tipo ecuménico de la lucha política no adviene de golpe sino que va de un modo necesario materializándose escalonadamente. Es evidente que en América Latina, después de la Revolución Cubana y como consecuencia suya, se está planteando objetivamente ya la necesidad de abordar la lucha revolucionaria en términos continentales, como que continental es la estrategia contrarrevolucionaria concebida y realizada por el imperialismo a través de la Alianza para el Progreso y la Doctrina Johnson. Ambos aspectos de la estrategia continental contrarrevolucionaria se condicionan mutuamente y determinan la necesidad de que la lucha revolucionaria de nuestro continente se conciba como una sola, que cada fuerza política nacional se estime como un destacamento de un ejército común, y que su estrategia y objetivo estén determinados por la forma armada con que la Doctrina Johnson ha definido su rol de gendarme del imperialismo en nuestro continente desnudando

la esencia de su función política. Santo Domingo nos ahorra mayores comentarios.

La organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) es el reflejo de estas características continentales, armadas y radicales que está progresivamente asumiendo el proceso político en el continente.

PF *La muerte del Comandante Ernesto Che Guevara está sirviendo a un sector del movimiento de izquierda latinoamericano para negar la radicalización de la lucha antiimperialista en el continente. ¿Comparte usted esa opinión?*

CA. Para contestar creo indispensable hacer algunas precisiones. Desde luego, el carácter armado que está asumiendo la lucha política en su fase decisiva, en el mundo considerado en su conjunto y en América Latina, considerada como un foco, es de la esencia de toda lucha política que se plantea la toma del poder y la sustitución de una legalidad de clase y de una escala de valores por otra. De allí que el desenlace del episodio que en Bolivia llevó a la muerte al Comandante Guevara, no puede afectar la naturaleza esencial de los fenómenos políticos ni eliminar el hecho básico y macizo de que el orden social capitalista en escala mundial y en escala latinoamericana se apuntala y se defiende por la fuerza, de manera que no cabe por el resultado de un combate cuestionar la naturaleza de la guerra. Establecido que el contenido de la lucha política en su fase superior ha alcanzado en este momento y en escala mundial y continental la forma armada, procede distinguir las diversas expresiones que pueden afectar ese contenido esencial. La guerrilla es una de esas expresiones. Se caracteriza, tal como ha sido definida por Régis Debray en su forma típica, como la emergencia de un foco de violencia en el campo, destinado a generar a través de su desenvolvimiento y expansión un movimiento político y un liderazgo revolucionarios que pasan a constituir el eje de la lucha política por el poder.

Supone esta forma de violencia revolucionaria no sólo determinadas condiciones geográficas y demográficas, que no son las más importantes, sino principalmente la ausencia de un real y efectivo proceso político vigente que comprometa a la mayoría de la población. Ello ocurre, especialmente, cuando no existe participación política popular, cuando dictaduras reaccionarias, como la de Batista, obturan los canales formales de participación política o cuando estos canales se convierten en instrumentos para el juego político de las oligarquías con prescindencia de toda real inserción de las masas en sus mecanismos, como ocurría en el Perú hasta hace muy poco y hoy todavía en Argentina, Brasil y Colombia, para no decir más.

PF. *Ha quedado en pie que usted considera inevitable la radicalización de la lucha política en el continente y que la fase superior de ésta es la lucha armada y menciona como una de las expresiones de esta lucha a la guerrilla. ¿Cree que ésta es la expresión adecuada para Chile?*

CA. Conforme al criterio esbozado en la respuesta anterior, resultaría que si en un país determinado no existiera proceso político vigente alguno el foco guerrillero vendría a sustituirlo totalmente y todo el proceso político se confundiría con el proceso guerrillero en expansión. Ahora, en la medida que en un país existe un proceso político vigente, en esa misma medida el foco guerrillero deja de ser el eje fundamental a través del cual se genera y desarrolla el proceso político y el foco guerrillero, de producirse, cumpliría el papel de acelerador del proceso político preexistente, de precipitante para que ese proceso

en su conjunto se lleve al nivel armado, en fin, para que tome un carácter complementario.

De acuerdo a este punto de vista, y dada la vigencia mayor o menor de un proceso político en nuestro país, no creo que en Chile sea la guerrilla la forma fundamental en que ha de expresarse la violencia revolucionaria. En este país existe un real proceso político que ha ido integrando, con mayor intensidad sobre todo en los últimos años, a cada vez más vastas capas de población en su seno, eso sí que con un sentido y una orientación fundamentalmente conservadoras que les han impreso las clases dirigentes con la complicidad inconsciente de la izquierda. La fase superior de la lucha política que es la violencia revolucionaria, no surgirá aquí de un foco externo a ese proceso político, como sería el foco guerrillero típico definido por Debray, sino a la inversa, emergerá como resultado de la agudización y del calentamiento al rojo del proceso político vigente.

Aquí la violencia expresará la forma más avanzada de un proceso preexistente y no la primera etapa de un proceso político naciente. Me explico. Si en Chile una resuelta y audaz política revolucionaria de izquierda en todos los planos, encaminada a la toma del poder, llega en un momento a comprometer la estabilidad del sistema, la violencia contrarrevolucionaria —consustancial con la naturaleza de clase del súper estado norteamericano que se ha ido configurando por encima de nuestras soberanías

nacionales— se hará presente en una u otra forma. O será un golpe de Estado de una fracción de las Fuerzas Armadas estimuladas por la CIA, o será una invasión de “marines”, para proteger “las minas de cobre” o será un levantamiento de “guardias blancos” impulsados por los yanquis o será una invasión de Chile por los “gorilas” argentinos.

En otras palabras, cuando el sistema aparece de veras cuestionado, la violencia contrarrevolucionaria emerge por fin. De ahí que si la Izquierda desea realmente tomar el poder no puede seriamente plantearse su triunfo sino en base a su capacidad en el plano de la violencia, de hacer frente y derrotar al enemigo armado.

No se trata, pues, de hacer la idealización de la violencia por la violencia sino de tomar realísticamente las cosas como son. La Izquierda, repito, no puede capturar el poder sin ser más poderosa y fuerte que la reacción y mientras ésta, a través del súper estado norteamericano y su agente, el gobierno chileno, tenga el monopolio de la violencia, no será posible derrotarlo.

Es claro que para que una situación de esa peligrosidad para el orden social se produzca, es necesario que la izquierda aspire realmente al poder para capturarlo para sí, y no limite sus ambiciones a ser un grupo de presión que desde afuera vaya obteniendo sucesivas “conquistas” economicistas o aumentando el número de sus parlamentarios. Esta política que mecánica y periódicamente practica la Izquierda frente a cada elección para ganar representantes en el Parlamento y frente a cada huelga, para generar nuevos lazos que comprometan al movimiento popular con el sistema, nunca va a poner en peligro su estabilidad y, por lo mismo, no hace necesario que el enemigo saque la espada para defenderse. Su esencia violenta permanece disfrazada bajo una apariencia que disimula sus objetivos reales.

La forma fundamental que en un país como Chile pueda asumir la fase superior de la lucha política, cuando el proceso vigente llegue a colocar a la orden del día el problema del poder, es impredecible en términos absolutos. Yo me inclino a creer que es más probable que tome la forma de una guerra civil revolucionaria, a la manera española, con intervención extranjera, pero de curso más rápido y agudo. Ni la clásica insurgencia popular culminando en la huelga general ni la guerrilla, según el abstracto modelo de Debray, me parecen las vías armadas fundamentales más viables y más probables para nuestro país. Aunque tanto la insurgencia obrera como la guerrilla pueden integrar el proceso general revolucionario, pero no con el carácter de su vía fundamental, sino como elemento acelerador o precipitante, como se dejó dicho más atrás.

Es curioso anotar que, a mi juicio, la Revolución Cubana no es un ejemplo del modelo guerrillero típico que define abstractamente Debray. En Cuba solo aparentemente el desembarco del “Granma” significó la emergencia de un foco militar ajeno al proceso político tradicional. En rigor, ese foco fue la culminación de un proceso político vigente, cuyas raíces hay que buscarlas en la oposición de los “ortodoxos” —en la cual militó Fidel— al “batistato” y al corrompido autenticismo, en el asalto al Cuartel Moncada y en el sensacional proceso a que fueran sometidos sus actores, que culmina con el célebre alegato “La historia me absolverá”. Este documento señala precisamente el entronque entre el proceso real que vivía Cuba y su nueva etapa militar que se concreta en el desembarco del “Granma”.

Me parece que factor decisivo en el destino de la guerrilla en Bolivia ha sido la falta de relación directa entre el proceso político que ha vivido este país en los últimos quince años, proceso que ha impactado a la existencia nacional, y la emergencia del foco guerrillero marginal desde muchos aspectos al real acontecer político del país. La articulación entre el proceso político y la guerrilla en un todo superior me parece condición necesaria del éxito y ella estuvo ausente en Bolivia.

PF. *Dentro de la Izquierda y del campo revolucionario millares de chilenos se preguntan, ¿qué hay que hacer para desembocar en la fase definitiva revolucionaria?*

CA. El cómo, la forma y la oportunidad en que el proceso político llegue a su etapa culminante de la toma del poder y del enfrentamiento armado, que es su correlato inevitable, no puede ser sino el producto de la lucha que en función de la toma del poder acometan las fuerzas revolucionarias. No puede ser el resultado ni de un capricho ni de un esquema ni de un deseo voluntarista, sino es el resultado de un proceso real que va configurando la fisonomía de sus etapas posteriores y definitivas. Por eso lo importante es que la Izquierda comience a actuar en función del poder, subordine a este propósito, concebido dentro del marco de la estrategia de la lucha armada y continental, todas las otras formas de lucha, las electorales, las parlamentarias, las ideológicas, las sindicales, etc., de manera de ir agudizando la lucha política, aumentando y concentrando fuerzas y precipitando el desenlace natural del proceso. Por eso, lo que hay que hacer es comenzar a trabajar en ese sentido y en esa dirección, dejando de lado ilusiones electoralistas, prácticas parlamentaristas y luchas simplemente reivindicacionistas, que dispersan, desorientan y confunden con el sistema a las fuerzas potencialmente revolucionarias.

PF. *Usted no parece compartir la tesis de los dirigentes de izquierda chilenos que sostienen que las acciones actuales que ellos alientan están dirigidas a hacer conciencia revolucionaria en las masas.*

CA. No, no creo que fundamentalmente produzcan ese efecto en la medida en que esas acciones no están insertas dentro de un contexto general que conduzca a la captura del poder, de manera que quienes se comprometen en esas acciones en definitiva agotan sus posibilidades en la acción misma, sin que ésta se engarce y se proyecte en una empresa revolucionaria. Stalin lo ha expresado claramente: “Para el reformista, ha dicho, las reformas son el todo; a él la revolución sólo le interesa como medio para charlas, para desorientar. Por eso con la táctica reformista, bajo las condiciones del poder burgués, las reformas se convierten inevitablemente en instrumentos de consolidación de este poder, en instrumentos de descomposición de la revolución; para el revolucionario, por el contrario, las reformas son un producto accesorio de la revolución. Por eso, con la táctica revolucionaria, bajo las condiciones del poder burgués, las reformas se transforman naturalmente en instrumentos de descomposición de este poder, en instrumentos de fortalecimiento de la revolución, en punto de apoyo para el desarrollo ulterior del movimiento revolucionario”. Es evidente que la conservatización que se observa en las clases medias y en algunos sectores de trabajadores, demuestra que las acciones a que aludía en su pregunta han ayudado más a estabilizar el sistema que a debilitarlo.

PF. *Usted señala que la marcha hacia la revolución se inicia con la decisión auténtica de los revolucionarios de trazarse una estrategia que los lleve a la conquista del poder; de todos modos queda en el aire el problema que inquieta a millares de personas. ¿Qué debe hacerse para comenzar este movimiento?*

CA. Yo creo que una vez definida la estrategia general en los términos ya aludidos, lo que corresponde sería promover la unidad de todos los revolucionarios. Para adquirir fuerza por una parte y para romper por otra los marcos estrechos y limitados que hoy día los dividen y esterilizan. Un frente de los revolucionarios chilenos, que unifique por encima y más allá de las fronteras partidarias a quienes se definan consecuentemente en contra del imperialismo, procurando plantear el proceso político chileno en términos de dos fuerzas contendientes, los antiimperialistas por un lado y los proimperialistas por el otro. Esto implica romper el esquema tripartito de la política chilena en los últimos años, en que los radicales y los demócratacristianos han jugado el papel de tampón en la radicalización de la lucha política, sirviendo de instrumentos, cada uno en su hora, para neutralizar en beneficio de la derecha a los sectores populares que han caído bajo su influencia. La destrucción del centro político en Chile a fin de definir la pugna en los términos reales que se da en los hechos, constituiría a mi juicio la primera condición para que el camino revolucionario pueda recorrerse. Esto implica superar todo sectarismo, todo chauvinismo partidario, y, siguiendo el ejemplo de la Revolución Cubana, estar dispuesto a aliarse con todos los que quieran comprometerse en esa lucha. Esto envuelve el rechazo de todo intento de resucitar bajo una u otra forma el frente-populismo en la medida que éste significa integrar a un radicalismo en descomposición al movimiento popular, fortaleciendo con su presencia en él a todas las fuerzas y potencialidades reformistas y que laten virtualmente en su seno, ahogando así el impulso de las tendencias revolucionarias.

Como esas fuerzas y esas virtualidades existen en el seno de la Izquierda, un apoyo a un radical en la elección de Cautín por ejemplo, por muy auténticamente

izquierdista que fuera, despertaría toda clase de ilusiones en las perspectivas electorales del frente-populismo proyectadas hacia 1970, en circunstancias que incluso una discutible victoria en esas condiciones significaría, seguramente, una nueva capitulación frente al imperialismo. No faltarían razones de sensatez ni alusiones al “interés nacional”, entre comillas, para justificar que se arriaran las banderas antiimperialistas a fin de hacer posible desde el Gobierno “realizaciones concretas y positivas”.

Esto no quiere decir que no deba conscientemente intentarse atraer con lealtad y optimismo a los elementos jóvenes de los partidos de centro en descomposición hacia la causa antiimperialista en la medida en que se vayan definiendo a favor nuestro. Creo singularmente que en la juventud demócrata cristiana hay fuerzas a las que no cabe rechazar con un sectarismo absurdo, sino a las que corresponde impulsar a fin de que puedan llegar hasta las últimas consecuencias en sus posturas inconformistas.

En definitiva creo que precisada la estrategia general, todas las alianzas que conduzcan a favorecer su realización, ampliando el frente antiimperialista son justas, y que todas las alianzas cuyo sentido nos aleje de los objetivos de esa estrategia cualesquiera que sean sus justificaciones inmediatistas, son equivocadas y funestas.

PF. *El Partido Comunista sostiene que el resultado de la última Convención Nacional del Partido Radical y la elección de la Mesa del Partido Demócrata que preside el senador Rafael Agustín Gumucio, son elementos positivos para el proceso revolucionario. ¿Usted lo entiende así también?*

CA. No, no lo entiendo así, en la medida en que el primero de los hechos citados envuelve básicamente el propósito de utilizar una plataforma doctrinaria de carácter izquierdista para pretender integrar al radicalismo como un todo en el seno del movimiento popular, siendo así que los intereses y la ideología que representan son expresivos de realidades caducas y obsoletas, cuyo único sentido es el de ser instrumentadas por la derecha a fin de neutralizar o castrar a la Izquierda. En cuanto al segundo hecho, estimo que también la directiva actual de la Democracia Cristiana está lejos de interpretar el contenido conservador de los intereses de esa fuerza política, de manera que sería un autoengaño vergonzoso el que quisiéramos definir a una fuerza que es hoy la nueva cara de la derecha y el agente directo del imperialismo en el Gobierno, por las declaraciones de líderes que en realidad expresan sólo a un sector limitado de un partido que globalmente los utiliza para simular una posición de Izquierda, que en el fondo no tiene.

Por esta razón yo me opongo a las alianzas formales con los partidos de centro para fines reformistas e inmediatistas, cualesquiera que sean los pretextos con que se las quiera justificar y soy partidario de estimular a que vengan hacia nosotros aquellos que dentro de esas fuerzas están en proceso de desarrollo de una conciencia revolucionaria que, entre paréntesis, no es monopolio de nadie y puede advenir en todo chileno que lealmente quiera colocarse al servicio de los intereses del pueblo y del país.

PF. *¿Esta estrategia que usted ha ido definiendo a lo largo de esta entrevista importa un desahucio de la unidad socialista-comunista?*

CA. De ninguna manera, pensamos que el Partido Comunista debe integrar naturalmente el movimiento revolucionario. Y así, como los socialistas, también

el Partido Comunista debe adecuar su comportamiento a la estrategia general que ambos partidos aprobaron en la Conferencia de OLAS.

El entendimiento socialista-comunista es un hecho político de innegable valor y elemento decisivo en el desenlace favorable del proceso revolucionario chileno. De ahí por qué nuestra principal tarea común debe ser el tratar de conformar para Chile tácticas que nos permitan realizar conjuntamente una política revolucionaria, combatiendo las desviaciones reformistas y electoralistas que se han generado por la convivencia estéril dentro del dispositivo legal del país.

Las discrepancias que puedan surgir entre nosotros deberán ser superadas por el método de la discusión fraterna y su resultado lo determinará la práctica y no los anatemas y las procripciones.

PF. *¿Cómo sitúa usted al Partido Socialista dentro de esta estrategia trazada en sus declaraciones?*

CA. Yo creo que nuestro Partido, sobre todo, como resultado de su próximo Congreso está en condiciones óptimas para poder promover la realización de una política como la bosquejada, aspirando a ser el núcleo del partido de la revolución chilena, con un espíritu a la vez intransigente y abierto como el que inspiró al Movimiento “26 de Julio” y a los comunistas cubanos cuando se integraron en un solo y gran partido, sobre la base de una política común. Considero que en el próximo Congreso, el partido debe adecuar su organización y su dirección a la realización de esta política que germinalmente nosotros ya concebimos cuando formulamos la línea del “Frente de Trabajadores”, prolongada y contenida ahora en la línea general de OLAS.

PF. *La actitud de los jóvenes socialistas al restarse a participar en el Mitin Latinoamericano de Solidaridad con Vietnam, realizado en Santiago, ¿correspondería a esa nueva línea que usted augura para el Partido Socialista?*

CA. No me parece que así sea. Hay en esa conducta cierto negativismo y cierta evasión que no veo traduzcan fielmente el espíritu de unidad y profundización del antiimperialismo, que debe caracterizar nuestra lucha.

Ese tipo de actitudes conduce al aislamiento, no estimula ni fortalece a los gérmenes de descomposición que se han generado en el seno de esos partidos de centro, que es nuestro deber acelerar, y nos margina de los procesos políticos reales llevándonos a vivir ideal y especulativamente un proceso revolucionario, en vez de incitarnos a realizarlo en la práctica.

Por otra parte, para una política centrada en la acción antiimperialista y en la que la toma de conciencia del significado de la gesta del Vietnam, tiene una importancia fundamental, no cabe adoptar una actitud aislando el hecho frente al cual se reacciona del sentido general en el que va envuelto. En un momento en que el repudio de la opinión pública mundial, incluso norteamericana a la política de Johnson es pieza decisiva en la estrategia destinada a vencer en el más agudo e importante de los escenarios políticos del mundo, no cabe sino subordinar a ese objetivo cualesquiera otra consideración.

Este ejemplo demuestra la necesidad de ir en todo momento reaccionando frente a los acontecimientos que se presentan con un único criterio central que permita distinguir lo accesorio de lo fundamental y lo fundamental es siempre el golpe

que se pueda dar al imperialismo y la contribución que se pueda prestar a la lucha antiimperialista continentalmente concebida y destinada a culminar con el enfrentamiento de la violencia revolucionaria a la violencia contrarrevolucionaria.

Una política como la que aquí hemos examinado es difícil de realizar y puede fácilmente degenerar en un aislamiento del partido a corto plazo si a quienes se le encomienda su ejecución no saben conjugar las exigencias de la práctica con los imperativos de la estrategia general que vamos a adoptar.

No podemos farrear en una borrachera de declaraciones puristas toda una línea que exige madurez y firmeza para aplicarla con sentido creador. No hay que olvidarse que lo político se desarrolla en el plano de los hechos y de las fuerzas y no al nivel de los conceptos y de las autojustificaciones.

PF. *¿Cree que el Partido Socialista actual está en condiciones de desarrollar una política como la que Ud. ha bosquejado?*

CA. El partido debe primariamente, para irse colocando en condiciones de realizar esa política, crear tareas que converjan hacia su objetivo final y que permitan desplazar hacia ella la energía creadora de sus mejores militantes que están esperando poder materializar una conducta revolucionaria y en segundo lugar renovar sus cuadros y sus militantes, abriéndose generosamente a todos aquellos elementos de izquierda conscientes que están buscando un lugar donde hacer carne su conciencia revolucionaria.

Una audaz promoción de cuadros jóvenes a las tareas directivas, incluso al Comité Central; una apertura resuelta y desprejuiciada del partido hacia la gente de izquierda que está buscando una herramienta política para expresar su voluntad revolucionaria a través de un reclutamiento generoso y calificado de lo mejor que tiene el movimiento popular y que no reconoce banderías partidistas, es condición absolutamente necesaria del éxito de nuestra empresa política.

De allí por qué pienso que la lucha en contra de todos los sectarismos — provengan de imitadores mecánicos de la gesta cubana, o de las viejas rigideces de un trotskismo mal digerido— es esencial para darle al partido la oportunidad de crear efectivamente una política revolucionaria para Chile, sobre la base de tomar conciencia de lo que somos realmente, dentro del marco de la estrategia general ya diseñada. Nadie tiene la verdad en el bolsillo, y sólo en la lucha y en la discusión de sus experiencias podremos ir la conquistando.

Tengo la impresión de que los esquemas no nos dejan ver a Chile. Las ricas abstracciones con que la teoría marxista sintetiza la experiencia de la vida, para muchos, en vez de servirles de faros orientadores para iluminar el camino y abrir perspectivas, los limitan y esterilizan en la acción, en la medida que por falta de fe interior en el hombre, las usan como nuevos dogmas o fetiches religiosos para suplir su incapacidad creadora. Si abrimos paso dentro del partido a que lo mejor de los trabajadores y de la intelectualidad chilena contribuyan a esta toma de conciencia a través de una práctica fecunda, estamos ciertos que llegaremos a convertirnos en el mejor instrumento para aglutinar a nuestro alrededor a los chilenos que se afanan con pasión por encontrar una salida grande y socialista a la crisis nacional.

PF. *¿Cree usted que la escisión que recientemente ha dado origen al Partido Socialista Popular pueda perjudicar la política de su partido y qué alcance y magnitud le reconoce?*

CA. Dentro del espíritu que inspira a estas declaraciones, que no es otro que el de avanzar, de mirar hacia adelante, superando prejuicios y venciendo resentimientos, no creo que sea útil y conducente referirse a un ingrato episodio que, felizmente, no ha afectado cualitativa ni cuantitativamente al partido. Ya los hechos están diciendo su palabra definitiva y la historia se encargará muy pronto de corroborar nuestro juicio.

PF. *Perdone una pregunta indiscreta. No ha dejado de sorprenderme que usted haya dado respuesta pública a este cuestionario, en circunstancias que tradicionalmente los dirigentes de su partido se han caracterizado por el hermetismo frente a una problemática como la que aquí se ha considerado.*

CA. En primer lugar debo recordarle que estamos en vísperas de un Congreso General que deberá fijar la línea del partido y que en este período todo el partido tiene la obligación de pronunciarse sobre estas cuestiones, en sus organismos regulares.

En segundo lugar, yo creo que no debe haber límites absolutos entre el partido y el pueblo en una sociedad abierta como la chilena, en la que hay opinión pública que influye y se deja influir. Creo que el Partido Socialista no es de propiedad de sus militantes, sino pertenece al pueblo, pertenece a Chile. Por eso todo lo que se haga por incorporar realmente al pueblo a todo lo relativo al partido, lo convertirá en mejor expresión suya, lo hará más chileno, lo hará más revolucionario. Sólo si pensamos y actuamos junto a las masas podremos dirigirlas. Si así no lo hacemos, terminaremos por ser extraños a ellas, y no lograremos ni interpretarlas ni conducir las. Si estas opiniones, en este momento previo al Congreso del partido son conocidas fuera de él, creo que ello ayuda a nuestra tarea y señala, quizás, un método y un estilo más abierto y desenvuelto que el tradicional formalismo con que la izquierda ha resuelto sus problemas internos. Y también tenemos que hacer una revolución en nuestras prácticas y en nosotros, si queremos hacerla para afuera.

(*). Documento-Entrevista publicada en revista Punto Final N° 42 del 22 de noviembre de 1967.

(**). Clodomiro Almeyda. Sociólogo, profesor universitario. Dirigente del Partido Socialista de Chile en diferentes períodos, en oportunidades ocupó la Secretaría general. En el gobierno del Presidente Allende cumplió responsabilidades de Ministro de Relaciones exteriores. Falleció el 25 de agosto de 1997 a la edad de 74 años
pte



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

